

EMMA ROIG

El primero que saque el móvil paga la cena. Se prohíben las *tablets* en el dormitorio conyugal. Se pedirá permiso para subir fotos íntimas. Son algunas de las premisas de un nuevo y obligado protocolo.

Amar en Tiempos de Smartphone

La nueva aristocracia es la que no tiene Facebook”, me dice una amiga que observa su iPhone con una mezcla de fascinación y sospecha, como si el aparato con el que nos esclavizó **Steve Jobs** fuera a explotar en su cara en cualquier momento. Vive en estado de alarma permanente ante la ausencia de un código de modales sociales que encauce la adicción casi patológica de los usuarios de *smartphones*.

“Las cenas más civilizadas son aquellas en las que los comensales tienen la disciplina de mantener sus teléfonos en el bolsillo y no encima de los cubiertos, como las pistolas en el lejano oeste”, me dice. Por ello en Londres se ha puesto de moda un juego: el primero que desenfunda su *smartphone* en una cena paga la cuenta. En los almuerzos de negocios del siglo pasado —me refiero al XX— se consideraba de buena educación esperar al café para empezar las negociaciones. En épocas más remotas se decía que en la mesa y en el juego se conocía al caballero. Ahora es más apropiado afirmar que la caballerosidad está directamente relacionada con la disciplina de control de ese impulso casi animal de mostrar en el teléfono fotos de caballos, perros e hijos (en ese orden de importancia aquí en Inglaterra) o ese inevitable *selfie* que hace de Narciso un

aficionado en eso de la vanidad.

Por fortuna alguien se está encargando de crear etiqueta cibernética. La multimillonaria **Randi Zuckerberg**, hermana del creador de Facebook, acaba de lanzar su libro: *Dot Complicated* (“Un punto complicado”), en el que recomienda preguntar a la pareja si le importa que subas a la red detalles íntimos (partos, ataques de urticaria o celulitis). Además, sugiere prohibir teléfonos y tabletas en el dormitorio conyugal. Como es imposible para muchos dejar de utilizar las pantallas durante 24 horas porque el *mono* les mataría, anima a intentarlo durante 30 minutos al día para mantener a flote la cordura y, de paso, el matrimonio.

Cuando le cuento a mi amiga las recomendaciones de la ejecutiva Zuckerberg, mi contertulia se ajusta delicadamente la chaqueta de **Isabel Marant** que lleva sobre los hombros y me confiesa: “El otro día mi marido me envió un mensaje desde el piso superior de nuestra casa para preguntarme sobre los planes para la cena. Ya ni se digna a hablarme, solo me escribe. Me está irritando tanto que igual le pido a mi abogado que me abra una cuenta en Facebook y me cambie el estatus de casada a separada, a ver si entiende el mensaje. Al fin y al cabo, querida, es un síntoma de civilización adaptar a las necesidades de uno mismo

hasta las costumbres más bárbaras”. □